

PUBLICACIONES *Cinema*

075
PTA.

KEN MAYNARD
RUTH HALL
(TARZAN)

EN



EL POTRO
INDOMABLE



JAMES, Alan

EL POTRO INDOMABLE

Strawberry Roan, 1934

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

RAY TAYLOR



UNA PRODUCCIÓN



DISTRIBUIDA POR

HISPANO AMERICAN FILMS S. A.

Mallorca, 220

Teléfono 80035

BARCELONA

Argumento narrado por

PUBLICACIONES CINEMA

PRINCIPALES INTERPRETES:

KEN MAYNARD

RUTH HALL

CON LA COLABORACIÓN
DEL CÉLEBRE CABALLO

TARZAN

EN PREPARACIÓN:

POR MANDATO IMPERIAL, interpretada por
HANSI KNOTECK y OTTO GEBÜHR

TALLERES GRAFICOS
VDA M. BLASI - BARCELONA

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

EL POTRO INDOMABLE

ARGUMENTO DE LA PELICULA

CAPITULO I

UNA HISTORIA MARAVILLOSA

La noche era mística y los muchachos del viejo rancho «Toro Bravo» habían salido afuera a respirar el fresco. Solían hacerlo todas las días que duraba la carnicula, que en el Arizona es una especie de vaho infernal; Santiago y Alejandro, dos barraganes maduros ya, todo simpática y bondad, rasguaban regularmente la guitarra y la bendola, y, a su oprimida alguna que otra vez favorecida de la gaitania entonaba coplas del más sano buen humor. Era una expansión inocente y barata que los dulces tamarindos que decoraban el zaguán del caserón de tabla presidían todos las veranas al anochecer. Se esperaba así la hora de acostarse y, como entre este puñado de bravos de lano y grupa retumba una camaradería ejemplar, las veladas eran una ininterrumpida serie de chascarrillos, con su consiguiente y fructuosa hilaridad, que los resarcía a todos de la ruda labor de la jornada.

Generalmente, a esta hora, el señor Jaime se había retirado ya a descansar y oía complacido las explosiones de júbilo de sus gañanes, entre quejido y gemido que el maldito ataque de reuma arrancaba de su garganta cavernosa. Porque el señor Jaime tenía reuma hasta en los meses de más calor, achaques conaturales de la edad, que, en el magnánimo propietario del «Toro Bravo», había llegado a la de sesenta y tres. Echado boca arriba en la cama, mientras esperaba que los dulces alas de Morfeo adormeciesen el capricho de su maldito reuma, se complacía en

evocar los días, aun no muy lejanos, en que su amante hija Alicia era todavía soltera. Hacía esto apenas dos años y sin embargo, parecían ya dos siglos; es que en dos años habían sucedido en el rancho cosas verdaderamente extraordinarias; el mismo personal de la hacienda había cambiado todo, no quedándole del antiguo más que los dos leales jayanes: Santiago y Alejandro.

De repente, en la mejor de las algarazas sonó un grito.

—¡Ahí está Pepe!

Santiago y Alejandro se habían alzado y abrazaban a un mozo de figura atlética y simpática presencia. Era el yerno del señor Jaime: habitaba un rancho colindante con el de su suegro, pero cuya casa se levantaba a gran distancia del término de las dos heredades, y ello, hacia que viniese a ver a los muchachos y a su padre político muy de tarde en tarde.

—Eres muy caro de ver — exclamaron Santiago y Alejandro sin cesar de darle espaldarazos fraternales.

Pepe les tenía a entrambos abrazados con entrañable efusión y parecía que toda la razón de su visita estaba concentrada en aquella emocionante actitud. Y, si en vez de la tímida luna, hubiese sido el sol el que luciese en el firmamento, todos los presentes hubieran podido descubrir en las broncíneas mejillas del fornido caballista, la estremecida estela de unas lágrimas.

—Esto está muy lejos y el trabajo no falta.

Todos los muchachos se habían agrupado alrededor de Pepe y le miraban con respetuosa alegría; habían llegado a sus oídos historias más o menos vagas de un reciente pasado heroico en la vida del muchacho y se habían acostumbrado a evocarle como a un centauro legendario.

—Me gusta hallarme con música en las manos y bellas canciones en la boca — exclamó el visitante.

Pepe, era además admirado por su talento musical, no tenía cultura, ¿cómo la podía adquirir si no se había movido en su vida de aquellos páramos salvajes? Pero Dios le había dotado de número musical, y esto, que es poco frecuente en lugares silvestres le granjeara la admiración de sus compañeros de fatigas. Máxime cuando corrían, de boca en boca, por las gacanas circundantes cantares de no despreciable inspiración, cuya letra y música había creado el sin más ayuda que la simple caja de un guitarrón o la armoniosa comba de un niño.

—No nos ha faltado durante algunos años un buen maestro — exclamó Santiago mirándole expresivamente.

—Gracias, buen Santi — repuso el gallardo mozo — ¡Cuánto obo de menos aquellas veladas y aquellos cantares! por cierto que hoy al venir de mi ha movido otro sentimiento que el de la música, me decía el alma que en había de encontrar particen-

do y maqueando; dejé excelente simiente aquí. Vosotros tenéis guitarra y bandola y acémás...

—¡Con que a eso has venido! — exclamó Santi con entusiasmo — ¡Bravo hombre! Pues no te dejaremos marchar sin que antes nos cantes la canción esa del caballito roano, tu creación cumbre. ¡Ah, también yo recuerdo aquel día en que el bruto infernal te la inspiró...!

—¡Que cante!

—¡Que deje oír su voz!

—¡Y que rasguee con esos cinco!

Las exclamaciones cesaron hasta que Pepe cogió el guitarrón, y empezó a cantar. La comba giraba toda ella alrededor de un estribillo, en el que se hacía una algarazca hiperbólica y ardiente de un petro salvaje roano. En el inspirado cantar, salían a relucir las cualidades del bravo domador, del propio Pepe, que acababa triunfando de la esquivaz bravía y portentosa del insidioso petro. Al terminar estalló una salva de aplausos, y uno de los jayanes que se sentaba al lado de Santi dijo a éste torciendo la boca con incredulidad:

—Ese del caballito roano no debe ser más que una leyenda de su invención.

—¿De la invención, de quién? — atajóle el simpaticote jayán con ademán escandalizado.

—Pues, ¿de quién habrá de ser? De Pepe.

—Quita hombre; sabe que ese cantar fué inspirado por el mismísimo petro rocho, es una historia, sí, señor, una auténtica historia que hace poner los pelos de punta.

—Vámonos hombre — dice el gacano acentuando su mueca incrédula —, tú pretendes tomarme el pelo, que Pepe invente cantares pascos, pero que dome petros infernales no, eso no pasa ni con lubricante de tu enecio.

Santi se levantó amozcado, y sin dignarse replicar al descreído una sola protesta llama:

—Pepe, vamos a ver: ese no cree en el caballito roano, dice que es filia de los cantares.

Pepe, puso su manaza en el hombro del vaquero incrédulo y replicó con la mayor amabilidad y con inflexión de voz soñadora:

—Santi dice la verdad, muchacho, el caballito roano existió y fué en no lejanos días una epopeya formidable de mi vida. Por ello soy lo que soy, y puedo detentar la honrosa distinción de yerno de D. Jaime.

A esas palabras del caballista se hizo un ambiente de honda expectación entre los vaqueros y uno de ellos un gacano osado y francote, exclamó sinceramente:

—Por el vapo del diablo, hombre, es temprano todavía y hay tiempo para contar hasta la historia del mundo, que nos cuente, Pepe, Pepe esa del caballito roano.

—¡Sí! —aprobator Santi y Alejandro con entusiasmo—. Eso es, cuéntenos la historia, Pepe.

—Que la cuente! —coreó toda la gacania.

—Pues allá va.

Y, esto diciendo, el arragante caballista sentóse al suelo con aire complaciente, se acomodó la cabana en que su cetero revolver dormía al sueno de la paz, sobre los riñones para que no esforbase el fogoso ademán de sus membrados brazos, y comenzó:

—Sería ocioso que empezara por explicaros lo que es un caballo roano; todos sabéis, señores materialistas, que cuando de un bruto se dice que es roano es porque su pelo está mezclado de blanco, de gris y de bayo; tampoco ignoráis que este último color es una especie de blanco amarillento. Pues bien, el caballo de mi verdadera historia estaba cubierto de esta pelaje fantástico cuyo brillo al ser herido por el sol... pero no, no nos adelantemos, harto tendré que describirlo en todas sus insólitas pormenores; comencemos por el principio.

Todos los vaqueros se apretaron alrededor de Pepe en un movimiento nervioso de honda expectación e interés. El simpático muchacho prosiguió:

—Allá, por los días en que empezó esta historia que os estoy contando, era yo un simple vaquero de esta casa a las órdenes de D. Jaime, mi actual suegro. Santi y Alejandro no trabajaban todavía aquí, pero eran dos buenos amigos míos que las contingencias de la vida, y, dicho sea de paso, para honor de la verdad, también debido a su inenarrable haraganería, tenían de continuo desperdigados por ahí como dos perros. Certo día, en que yo pasaba de asno, fuime al poblado de Cantawa para beber un trago y me encontré enramado cara al mostrador ante sendos vasos de aguardiente. Santi llevaba su eterno guitarra, y Alejandro su inolvidable acordeón; eran sus instrumentos de trabajo, recorrían las tabernas, cantaban cuatro romances de su repertorio y luego alargaban al pediguero chambergo a la concurrencia, la cual, quien más, quien menos, dejaba caer en él, el óbolo mágico de su indiferencia.

—No me dijisteis la última vez que queríais trabajar? —les pregunté, dejando caer en su macizo hombro mi espeluznoso fraternal.

—Hombre, ¿eres recordar que así dijimos —contestó el flamático Santi apurando el vaso de agua de fuego antes de terminar la frase—. Pero es el caso que por mucho que buscamos no

encontramos un rancho en qué desahogar las ganas terribles que tenemos de trabajar.

—Terribles, ¿eh? —remedé golpeándole el cervigullo con ironía—. ¡Si lo serán, con este fribo que os depara, calentado en vuestras acciones! ¡potenciadas!

—No sería extraño queuviésemos fribo, Pepe —respondió Alejandro, que, de espíritu algo más práctico que su compañero de andanzas, llevaba en buena cuenta los cinco días transcurridos en que solo se alimentaban de menudigos de pan y vasos de aguardiente.

—Eso se tiene que acabar —les dije con pena y sinceridad—. Os merecéis en un rancho y trabajaros más peso al enquistado mudo que os aguanta la estampa, a esto os obligare yo, señores.

Acababa apenas de pronunciar esta frase lapidaria cuando se produjo un brusco revuelo en la taberna y al volverme para enterarme de lo que sucedía, vi al coronel Bond que acababa de penetrar en el establecimiento rodeado de todas las concurrentes y disponiéndose a pronunciar alguna arenga o cosa parecida, muy en consonancia con su arrogancia y su oficio. El coronel Bond no era ya coronel, es decir, no estaba de servicio activo; no es que fuese muy viejo, al contrario, llegaría a los sesenta años y conservaba una prestancia y una agilidad nada comunes en varones de su edad. Había pedido el retiro prematuramente por cansado de las armas, desearo de acabar su vida entre sus queridas casas salvajes, y, a pesar de ello nosotros seguíamos, y seguimos aún, nombrándole coronel. Es un hombre este, de extrema bondad y largueza, poseedor de muchas haciendas y gran fortuna, todos le queríamos por sus virtudes, y él lo sabía y se felicitaba de ello manifestándolo abiertamente y coraamente en cuantas ocasiones venían al caso, de aquí, en que él y D. Jaime, entonces mi sueno e idolatrado patrón, tuvieran enramados amigos.

Pues bien, como decía, disponíase ante la expectación general a soltar su discurso el coronel, cuando antes de que hubiese podido empezar apareció en la puerta la figura voluminosa de don Jaime. Al verle me dio un vuelco el corazón, pues su presencia indicaba automática e invariablemente la de Alicia, su hija, ¡ay! más bella que la fantasía de un poeta, a la que yo amaba en secreto desde el fondo de mi tímido corazón. Digo que su presencia presuponía sin fallida posible la de Alicia, porque D. Jaime, que ya por aquellos tiempos sufría constantes ataques de reuma en las piernas, no podía andar más que treinta metros a pie y efectuaba todos sus viajes en el liburi en compañía de su hija que era la encargada de conducirlo; y como el rancho di-

laba de Cantawri algunas leguas, no era descabellado suponer que entrando D. Jaime en la taberna, Alicia se hallaba en la puerta sentada en el ligero vehículo.

Afectóse mi pstrón al coronel, y, dejando entrever que la reunión de ambos en la taberna estaba preparada de antemano, comenzó el ex militar este discurso:

—Muchachos, D. Jaime y el que os habla hemos decidido poner punto final a las correrías del potro roano. Las andanzas de ese caballo salvaje acababan por arruinarnos a todos y sería bien triste para el hombre tener que consolar un día que su inteligencia y su valor han sido vencidos por el insano caprichoso de un caballito altivo. Habéis de saber, que a Jaime no le quedan casi yeguas en la pira, y, otro tanto, puedo decir yo de la mía, el caballo se las lleva al parecer, y, amigos míos, que se tolere en Oriente la existencia de un sultán es cosa pasadera, pero en el Oeste americano, no. He venido, pues, aquí en busca de unos cuantos diez bravos dispuestos a luchar contra el caballo roano y a pregonar que al que lo caza y lo doma le hare entrega en propiedad de una de mis mejores haciendas. Hoy mismo se organizará la batida con el grueso de los muchachos de Jaime y la compañía de todos cuantos apetezcan el premio y para granjearse solo quieran formar parte en la expedición.

Al oír estas palabras el corazón volvióme a dar un vuelco que acabó poniéndome la preciosa visera al revés y con ella el mismísimo cerebro, porque me atreví a hacer lo que hasta aquel día había reputado para mi espíritu punto menos que imposible, esto es, abandonar a la puerta, acercarme a Alicia, que, como había instintivamente supuesto, se hallaba afuera, sola y graciosamente sentada en el tilburi, y decirle apasionadamente, mirándole a los ojos sin pestañear:

—Está pronto a realizarse el sueño más hermoso de mi vida.

Alicia me sonrió de una manera tan dulce que se me trabó la lengua durante algunos instantes. Yo no sabía cuáles eran sus sentimientos hacia mí, porque aquella criatura era un ángel de bondad y amabilidad para todos, pero adivinaba en el fondo de mi pecho la secreta esperanza de que no le era completamente indiferente, a juzgar por la frecuencia con que bajaba los ojos cada vez que la miraba; y esa vez lo hizo con tanta y tan encantadora turbación, que me atreví a formular audazmente mi pensamiento.

—Figúrese usted, Alicia, que de un tiempo a esta parte vengo preparando mi vasto plan de vida futura y de hombre prudente y reposado, y, que teniendo ya todo como quien dice dispuesto, esto es, algunos ahorrillos y mujercita que pedir en matrimonio, me faltaba una cosa fundamental: sitio donde estable-



Alicia me sonrió de una manera tan dulce, que se me trabó la lengua durante algunos instantes.



— Tú estás de sobra entre nosotros — me dijo Bart.

cómo, casa en fin, rancho en que erigirme amo y comenzar mi carrera de patrón; pues bien, hace unos minutos solamente que se me acaba de abrir el camino para colmar mi ideal; el coronel regalará una de sus mejores haciendas a quien dome al famoso potro roano. Yo lo haré y seré un gran propietario del Arizona, un hombre feliz que se casará con la niña que ama.

—Me alegraré de todo corazón que pueda realizar sus sueños dorados — respondió Alicia mirándome un segundo para volver a bajar los ojos.

No creo equivocarme al suponer que su voz temblaba ligeramente al decirme esto y al arrebol de sus mejillas se tornó un incendio. Ella había afirmado secretamente que yo la aludía a ella cuando hablaba de mi futura esposa.

En estas salió D. Jaime, y, a poco el tilburi se alejaba con padre e hija, me quedaba yo extático y embelesado contemplándolo. Estaba así, cuando una mano ruda y breve me tocó en el hombro y al volverme me hallé con el rostro antipático de Bart. Era éste el capataz de D. Jaime, es decir, mi capataz; no quiero significar con estas palabras que era sujeto de mi devoción, ni tampoco de la de mis camaradas de rancho; Bart, era el tipo repulsivo por excelencia; de mi estatura aproximadamente, fuerte, alzado. No tenía garbo ni soltura, llevaba el chambergo con una mala para monumental y era incapaz de inspirar el menor sentimiento de respeto ni afecto. Pero la principal repulsión que irradiaba su persona se concentraba en sus facciones de expresión sordida y en su mirada recelosa, desconfiada y llena de odio y mal humor. Nadie le tenía apago y todos nos limitábamos a dirigirle las palabras más indispensables y a obedecer sus órdenes compatibles con nuestro deber. Se decía que era muy cobarde, y hasta creo que lo había demostrado. Para no encontrarse solo ante la manifiesta hostilidad que le demostrábamos, Bart contrató a dos jayanes de su confianza, llamados respectivamente, Juan y Jacinto.

Por lo visto, Bart se hallaba en la taberna cuando el coronel hizo su discurso y me había estado observando durante mi breve diálogo con Alicia. Miróme con su dureza habitual y me dijo en tono de desfachada insolencia:

—Tú estás de sobra entre nosotros.

Le miré sin responder, con la indiferencia que tanto hería su orgullo, y al verle dirigir disimuladamente la vista hacia el tilburi que se alejaba con la envidiadora Alicia comprendí al punto claramente que Bart acariciaba secretos proyectos respecto a mi amada y que después del concurso que acababa de abrir el coronel entre el capataz y yo se alzaba un muro de terrible rivalidad.

CAPÍTULO II

EL POTRO ROANO

El caballo roano era la pieza de la partida, de que hacía mucho tiempo y no había ningún ranchero que no temiese los caprichos de esta especie de animal. No habíamos encontrado a nadie que desconfiase sus hazañas, y, en efecto de verdad, ya era para todos nosotros una especie de centinela de los bosques, salido de las páginas de una historia de la antigüedad. Verdaderamente, lo que hacía el caballo, era para pensar al más impío y a mi contra que me producía una sensación. Que un pinto con mal humor, o aun, dotado de un temperamento fuerte y autoritario, se arrogue el derecho de ejercer un despótico mandato sobre las llanuras y los bosques de Arizona caminando por ellos a sus resacas, tomando y dejando a su sabor y refrechando con estepto y desdén en plena noche negándose de nuestro lado con insolente desprecio de la fuerza de nuestras armas, pasar, pero que un cuadrupedo semejante tuviese el capricho de mandarnos inteligente y manso de ir robando todas las yeguas de los ranchos, y, una que otra vez, una vez frecuentemente por cierta, se llevase a los machos y las hembras a su voluntad, esto era ya un hecho demasiado notable que merecía especial atención. Yo, por mi parte, no de contrarios que estaba profundamente intrigado, y, no sé por qué clase de desconociones, llegué a la convicción de que el caballo roano era, sí, muy fiero, pero incapaz de tomar por su exclusiva cuenta la iniciativa de secuestrar a toda el ganado de los ranchos de la comarca, y de que en todo aquel asunto andaba enredada la zarpa de mi odioso capataz Bart.

Con esta idea pegada sencillamente en la mollera, interpeté a la expedición organizada por el coronel para cazar al potro roano, que salió una tarde del rancho de don Jaime. Eramos muchos los asistentes a la codiciada recompensa, y, entre ellos aunque mas por compañerismo que por pura ambición, se contaban los dos admirables e incomparables peñuscos, Bart y Alejandro. Aprovechando la oportunidad de, conculso, había propuesto a D. Jaime su ingreso al rancho y éste lo aceptó de buen grado. Formaban también parte de la expedición el despreciable Bart y mi divino tormento y ángel de todas las delicias de la tierra: Alicia.

Durante la marcha, no dejé un instante de vista a Bart con disimulo, y, pude observar que estaba sumamente nervioso y que buscaba con especial empeño la compañía de sus dos in-

condicionales Juan y Jacobo; hasta me pareció ver que les dirigía de vez en cuando la palabra con aires de misterio. Yo, por mi parte, procuraba no separarme de mi idolatrada Alicia, no sólo a impulso de mis sentimientos, sino por intuición de grandes acontecimientos.

De pronto, al llegar a lo alto de una escarpadura, el coronel que llevaba la delantera, exclamó:

— Señores, ahí está el harem del roano.

Todos nos precipitamos al dorso del declive y nos hallamos con un espectáculo portentoso; se extendía al frente la dilatada llanura pedregosa y abrupta que cierran al horizonte los serranicos de la Sina del Águila. A un lado, un suave declive apoyado a un cerrotillo y bañado encantadamente por el sol, apareció lleno completamente de caballos. Se hallaban tendidos casi todos con tan confiada indolencia que la frase del coronel no podía encontrar más digna aplicación. Erán las yeguas cautivas del potro roano.

— ¿Qué le parece a usted? — me interpeló el coronel.

— En verdad, le digo, que me parece una cosa muy rara — contesté sinceramente. — ¿Qué hacen esas yeguas allí, y, qué fuerza es la de ese caballo roano que las impide marchar?

Había proferido apenas estas palabras cuando el grandioso espectáculo vino a animarse con la presencia de un potro salvaje alazán, de estampa brava y soberbia. Bien que el alazán, por ser un caballo de color rojizo, se distinguió del roano a gran distancia, no pude por menos de preguntar:

— ¿Es el roano?

— No — contestó el coronel.

En efecto, no lo era; se trataba simplemente de un potro vulgar que agaña con todas sus galas arreido por el yaho excitante de las hembras. Esto lo descubrimos al cabo de pocos momentos de recorrer su reino orgulloso por los alrededores, viendo llegar a todo galope otro brioso corcel, cuyo piel, al ser herida por el sol, despedía brillantes reflejos blancos, grises y amarillos. Era el potro roano.

Yo no sabría describir la arrogancia indomable de aquella bestia soberbia; yo había visto y oído antes de aquel día bruto velozes cuya estampa movía a admiración a todo el Oeste, pero ninguno como aquél, tenía una presencia tan gallarda. La altivez de su cuello, el bravo desorden de su crin, la soltura y nerviosidad de sus espaldas, las soberbias curvas de su jar y de su grupa, el ángulo elegante y agudo de sus corvejones y menudillos, la armónica intimación de sus facetas recostadas por reluciente y ancho escazo no cree poder tener, ya que soy un admirador apasionado de las bestias, la dicha de poder volverlos a contemplar.

Pero es que estas no eran las únicas prendas de que estaba adornado bruto tan singular, y nos lo demostró el mismo con un espectáculo que todos los que estábamos presentes no habíamos visto jamás. Antes de que el potro alzara que intentaba su plantar entre la yeguada pudimos apreciar de él, le cayó encima con fogaletas sin igual. Por lo visto, el alazán era pagado de su fuerza y vigor, y, lejos de rehuir el combate hizo frente a él y comenzó una lucha brutal. Los estridentes refachos de ambas bestias ensordecieron nuestros oídos, y, como nosotros, las yeguas objeto de la lucha ferocísima, incorporáronse vivamente contemplándola, al parecer, con renovada atención.

Sería difícil describir circunstanciadamente las incidencias de la singular palestra y las posturas bravas de las dos bestias al atacarse mutuamente; el roano, era el que en todo instante llevaba la iniciativa de la ofensiva buscando incesantemente la palma jugosa de las nalgas de su enemigo, en las que hincaba sus dientes con furia terrible, haciéndolas sangrar. También buscaba su garganta robusta, y, recuerdo que una de las veces que logró hincar en ella sus incisivos potentes el alazán pateó en convulsiones de agobia. Es curioso hacer observar, que la lucha de dos caballos consiste en la ejecución de un círculo constante, en el que las dos bestias, se buscan a la recíproca las partes musculosas de su cuerpo para destrozarlas. El roano mordía con la rapidez de una víbora y su acción consistía, principalmente, en infringir el tormento continuado de los más agudos dolores a su enemigo. Esta táctica triunfó y al final de un combate del que la boca más elocuente no acertaría a dar la más ligera idea, el alazán levantóse de un brinco, soltó un relincho que debería ser el grito de venganza de su manifiesto orgullo y echó a correr en el colmo del terror para ir a esconder su vergonzosa derrota en la espesura cercana. El roano se irguió, soberbio; había vencido y miró a la yeguada dominador. Era el amo absoluto allí, y, nadie podía atreverse a disputarle su poder sin exponerse a una derrota humillante ante las hembras. Después de haber dado dos brinco jubilosos, enfiló la hondonada al trote, desmenuzadamente de pasear su vanidad.

—Esta es la mejor ocasión —opinó el coronel con viveza—. El sentimiento de su victoria le ha cegado y no será difícil cazarlo el lupo. Uno de ustedes ha de tomar el mando y todos los demás deberán obedecer.

Después de breve deliberación, se convino en que yo era el más experto, y, debí por consiguiente, tomar la dirección de la cacería.

—Hay que hacerle el cerco —dije—. Dividámonos en dos grupos; uno, avanzará sobre el potro por el este, y el restante,

por el oeste. Observad que al frente tiene el roano la muralla de rocas de la Sierra del Águila, de forma que quedará forzosamente apenado en los dos giros que le vamos a tender.

Obedecí el orden por ser considerada acertada y nos dividimos inmediatamente. Yo había observado a Bart con el rabito del ojo, y, pude ver perfectamente cómo hacía un guiño inteligente a Juan. Procuré llevarme aparte a Alicia, que formaba parte de mi grupo, y le dije con rapidez:

—Ocurra lo que ocurra, procura no perder de vista a Bart.

—¿Por qué? —interpelóme mi amada con estupor.

—Mucho me equivoco, o Bart tiene un gran interés en que no logremos cazar al roano. No me pregunte nada y obedézcame diligentemente; después ya hablaremos con más calma.

¡Ah!, he de confesaros que siempre había tenido la conciencia de estar dotado de un instinto de sabueso sagaz, y, aquella vez, hubo de acordarme de ello. Exactamente como había supuesto, mientras yo prevenía a mi amada, el único aliado fiel con que podía contar, Bart daba en secreto a su incondicional Juan, no lejos del lugar en que estábamos nosotros, esta orden terminante:

—Haz todo lo que puedas para que no puedan cazar al roano; si lo quitas de la selva ya no podremos robar más caballos.

—Eso es muy delirado —respondió Juan—. La menor acción sospechosa puede perdernos.

—No seas imbécil; tú te apañas. Hay que impedir a toda costa que se cace al roano. ¿Estamos?

Juan no respondió y espoleando a su montura desapareció en un recodo del terreno.

Entonces alcancé a ver toda la traidora que encerraba el corazón de Bart y a representarme el fondo de la infame intriga que había montado a la sombra inconsciente del salvaje caballo negro. No hubo de esperar a que alguien me pudiese al corriente de todas sus pormenores; era bien claro: Bart era un cuatrero que había contrabido la notable astucia de robar caballos esparciendo la especie de que se los llevaba el potro roano. Por consiguiente, era fundamental para el libre desarrollo de su espléndido negocio, que el bruto no desapareciese de los bosques; sin él, por pretexto, ¿cómo justificar la desaparición del ganado de los ranchos sin desperar las peligrosas sospechas de la policía?

Tan sutil ardor me hizo suponer que Bart no actuaba solo; por el contrario, disponía de una red de cuatros desperdigados por las barrancas, que recibían sus órdenes en secreto y las ejecutaban con perfecta y leal inteligencia. Estuve tentado de enfilar el belfo de mi montura hacia el sitio por donde

había desaparecido, escaparle la verdad a la cara y batarme con él, allí mismo, mas me contuve, y, cambiándole de parecer enístrame unos deseos furiosos de humillarle, exando al roano, domándolo después y mezclándome con Alicia. No olvidaba que él la pretendía casado y esperaba completar el negocio de los caballos haciéndola su esposa.

Eché mano del lazo que colgaba del arca de mi silla y emprendí la persecución del potro salvaje. No quisiera que lo tomaseis como un pavano, pero es bastante general entre mis amigos el conocimiento de que tiro el lazo regularmente y con ventaja, esto obedeciendo a un pulso que dispone de equilibrio excepcional y a ese mi ánimo no se altera nunca por emocionantes que sean las circunstancias en que se ve medido. Pues bien, lancéme por una cuesta pedregosa, doblé un molino de ruca, y bruscamente, transgrediendo las órdenes que yo había dado, alguien disparó un tiro. Alzados, asustados como una liebre por entre dos hileras de alta roca y vi recalcitadamente ante mí a Juan y al caballo como que pugnaba por rematar una curula rechalmada. No tuve que esforzarme mucho para deducir que aquel bribón había disparado su arma con el propósito de ahuyentar al potro salvaje. Sin disminuir el empuje bravió de mi silla, más rápida, por el lado de Juan y blandiendo un instante el lazo por encima de mi cabeza lo lancé al cuello del roano. El golpe era fuerte, no solo por la escasa distancia que me separaba del potro sino por el blanco sobrio que presentaba su cuello erguido con orgulloso altivez, mas he aquí que sentí bruscamente que mi lazo era obstruido por algo y en vez de tenderse hacia el potro, desprendiéndose con fijeza sobre mi espalda. Volvíme furioso y vi a Juan fingiendo mover torpemente su espaladura y tratando de desmenujar su lazo de entre los anillos del mío. El bribón afectaba intentar jalar el lazo al roano cuando en realidad lo que buscaba y había logrado, era desviar mi cuerda y favorecer la huida de aquel.

—Quita de ahí, maldito! —le incremé, mirándole desafiadoramente—. Si no entones tu oficio véte al rancho a limpiar las pesbretas.

—Si me has enredado tu lazo al mío —protestó hipócritamente.

—Podría decirte con creces lo que me ha ocurrido, pero no quiero de advertencia que mientras dure la cosa del vino no quiero verte a menos de una verja de distancia de los corvejos de mi caballo. Tarea de ahí, pedana de animal.

Juan no desperdició los segundos y desapareció de mi vista con evidente turbación. Mientras tanto, el potro roano se había

puesto a salvo de mi lazo, emprendiendo a todo galope la dirección de la llanura. Pero no había de mejorar la suerte pues Alicia había tenido la feliz ocurrencia de ponerse al ancho en una hondonada de la roca, probablemente a ras del camino, donde el potro en su desenfrenada y ciega carrera y en el instante en que llegaba a su altura, cobijó el lazo con tanta soltura y acierto que en el mismo instante la bestia subió a encabellarse. Tuvo el lazo envuelto al cuello. Pero ocurrió una cosa imprevista al potro, feroz por excelencia, lejos de detenerse, headió el resaca como un relámpago, tomando la dirección de los cerros del este. Y yo tuve que contemplar con la constantemente vacante en el alma, que mi cuerda, obstinada en no soltar en prelores como era acostumbrada de la silla de un bruto y arrastrada hábilmente por el potro roano, juréme vengaría en la persona de Bart si tal contratiempo le costaba la vida y me lancé en loca carrera tras el imprecionable grave.

El corazón parecía querer saltarse del pecho, y creo que llegué hasta a hundir la boca entera en el costado de mi vólex y estroada cabalgadura. Hubo un instante, en que mi velocidad era tan vertiginosa que todo cuanto me rodeaba aparecía como un borcón humeante que danzaba, vuelto y loco como una fantasma infernal. No tardé en colocarme entre mi novia y el roano, unidos por la cuerda que aquella no estaba dispuesta a soltar por todos los terrores de la tierra. Desenviné mi cuchillo de caza y corté de un solo enérgico la cuerda tenaz y vibrante. En el dilema de tener que elegir entre perder al roano o al ángel de mi amor, inclinéme por lo primero sin vacilar.

Afortunadamente en aquel preciso instante se verificaba el poco prometido por mí, y el roano, caído entre las dos puntas del arco que formaban los muchachos, tras breve y fantástica fornicación para con tanta su ferocidad y sus brías en un doble lazo que lo ahogó.

Yo tenía bastante que hacer con Alicia, la cual había quedado bastante maltricha de la española carrera. Al incorporarla, pude retenerla por primera vez entre mis brazos, y al fijar mis ojos en las suyas, descubrí tan eflorescentes sentimientos que por un instante temí que el demayo que le correspondía a ella sufrir por ser la víctima en el accidente, se me transfiriese a mí y cayese a los diminutos pies de mi bella con temblores de inocente culpable.

Excusa decías que mi despreciable continente Bart no tenía ya embigo que encoger y echaba chispas por los ojos.

CAPÍTULO III

EL RUEDO INFERNAL

Ya sólo faltaba domar al roano. Contemplar en bruta estampa en el potrero era para todos nosotros motivo de indescriptible admiración, pero ésta había de arrancarnos exclamaciones de entusiasmo loco cuando el bruto saltó en el ruedo para ser sometido al yugo de la alia.

Había llegado el día de la esperada competición. No olvidé que se trataba de ganarse uno de los mejores ranchos de Arizona. Naturalmente, no había uno solo de los muchachos que no quisiera tomar parte en la prueba, y por ello reinaba en el rancho una ruidosa animación. El coronel organizó el concurso con el espíritu de justicia que le caracterizaba: escribió el nombre de cada uno de nosotros en papeillos separados, luego envolvió a éstos metiéndolos en un sombrero, y, barajándolos bien, llamó a Alicia.

—Bueno —le dijo entre rumbón y formal—. Vas a erigirte en diosa de la fortuna y verdugo a la vez.

—Yo? —preguntó mi ángel de vida o muerte, con azoramiento.

—Sí, tú. Yo barajaré los papeillos y tú los irás sacando del fondo del sombrero. El nombre que saques será el del hombre que deberá intentar domar al roano. Si el primero que saiga logra someterlo a sus riendas, habrá terminado tu misión; al por el contrario, fracasas, sacarás otro papeillo, y así sucesivamente. ¿Has comprendido?

—Sí, señor coronel; lo que no veo claro aún es por qué a causa de todo eso voy a ser yo verdugo y diosa de la fortuna de los muchachos.

El coronel soltó una de sus francas carcajadas, y respondió, mirando a mi amada con superioridad paternal:

—Vas a tardar un poco en comprenderlo. Puedes empezar.

Alicia dejó de sonreír bruscamente, y observó que al meter la mano en el sombrero ésta le temblaba ligeramente. ¿Os parecerá exagerado si digo que su emoción no podía atribuirse más que al amor que sentía por mí? Bueno, por lo menos esto era lo que, poco más o menos, yo estaba pensando en aquel momento. Las palabras del coronel le habían intrigado y asustado ya por temor a convertirse en mi verdugo.

El primer nombre que extrajo la linda mano de Alicia fue el de Santi. La sonrisa volvió a aflorar en sus labios de fresa y me miró con rubor.

Buena tap calcanal no podía esperársela Santi. Todos sabían perfectamente lo fachendoso y cañi que es y os imagináreis fácilmente que al oír su nombre, se puso activo como un personaje y golpeándose el pecho sonoramente con teatral coraje y haciendo con afectación, exclamó:

—¡En dos minutos lo tendré mío!

El peiro roano esperaba en el ruedo. Le habíamos vendado los ojos, y dos muchachos lo sostenían a ambas lados por medio de un doble cabestro. Aquella bestia era soberbia y cuando Santi logró saltar sobre su grupa después de una verdadera lucha, pensé para mis fueros que lo que haría mi amigo en dos minutos sería una pirueta monumental.

Sentir el cuerpo del jinete sobre su cuerpo y comenzar la danza fué cosa de un segundo. Cebriños y brinco los había visto yo en mi vida de todas clases, alturas y formas, pero nunca de aquel jato. El roano se plegaba, se distendía todo él e imprimía a sus lomos y a su espalda aires movimientos de epilepsia tan bruscos y hábiles, que después de haberse sostenido algunos minutos baroteos sobre su grupa embrojada, el bravicón de Santi voló por los aires sin haber logrado imponer sobre el roano ni su freno ni sus fieras espuelas. El desgraciado quedóse sobre el ruedo inmóvil, y todos fuimos a recogerlo con la convicción de tener que soldarle un yugo completo de costillas. Fue llevado a la cama y a pesar de que estaba desvanecido y nadie habría podido asegurar que vivía todos reímos de buena gana, pues para nosotros era aquel un espectáculo familiar. Sin embargo, no lo era para Alicia, la cual horrorizada ante la idea de que pudiese sucedérme a mí un accidente semejante y comprendiendo ahora el significado de las palabras del coronel, en cuanto éste la volvió a invitar:

—Escoge otra víctima.

Negóse ella a hacerlo, separándose de nosotros visiblemente emocionada.

Yo fui a su encuentro, temblando en el pulso.

—¿Por qué se niega, Alicia? —le pregunté con voz insegura.

—Este concurso es criminal; no cuentes conmigo — contestó con un mohín rotundo.

—No sé por qué, Alicia, eso es muy frecuente entre nosotros, la caída de un jinete nunca provoca la muerte de éste y tales lances son muy familiares a Santi y a nosotros los que vestimos el traje de vaquero. No tema por ninguno de nosotros, pues tenemos los huesos irrompibles.

—Pues yo temo — me dijo con una mirada tan apenada que me causó una alegría indecible.

No podía ya abrigar la menor duda de que Alicia corres-

ponía a sus afectos, aquella angustia que reflejaban sus ojos revelaba claramente que por quien temía era por mí. Hubiera querido de 1930 pero me limité a cogerla del brazo y llevarla una vez junta al coronel.

Metió la mano al ángel, nuevamente, en el sombrero y sacó un segundo papeletito. ¡Ahí! Esa vez salió el nombre de un otro entrañable y querido camarada Alejandro; pero como ocurría que, algo nerviosa, Alicia sacase dos papeletos a la vez y uno de ellos cayese al suelo, el coronel propuso:

—Antes de que Alejandro haga la prueba vamos a abrir esa papeleta que ha caído al suelo y como hoy es tarde ya el que vaya en ella será el primero en montar al roano: mañana al proseguir el concurso.

Desdobló el papel y el coronel leyó el nombre de Bart. Yo miré a este y le vi dibujar una mueca de terror. En aquel instante adviné que, efectivamente, el capitán era un cobarde despreciable que desafiaba al coraje de que se le había impuesto. Comprendí que deseaba llegar a la vicaría con Alicia del brazo, pero sin exponerse lo más mínimo a quebrarse un solo hueso, lo cual revelaba que no le moría a hacerlo más que un vil sentimental de egoísmo. Sentí como nunca con derecho a dispensar aquel pedazo de codo, por lo menos, a evitar por humanidad que si me tenía que perseguirme a mí, dejase de caer en sus manos. Era un cobarde y un villano al que me nombré desmenuzarse a la mejor ocasión.

Montó Alejandro a la grupa del roano y comenzó la danza infernal. Bata muchachos: el brico se mostró el caballo en sus giruetas cuando lo montara. Sentí portarse como un huacaso bajo el freno así y no creíble de Alejandro. No sé si el valeroso y diestro barragán habría logrado comenzar al indultarse como Shamouté, pues parecía haberse negado a él con alguna ambigüedad misteriosa, cuando ocurrió un hecho impresionante.

Yo, movido por un secreto presentimiento, seguí con la vista todos los gestos del aterrado Bart y le vi esconderse descomunalmente tras un cobardismo. A los breves instantes sonó el seco estallido de un disparo. Nada hay que done más a un caballo que el ruido de los tiros, y el desahogado montar no buscaba con más que entorpecer a la bestia y facilitar su huida, así se aseguraba dos golpes: salir que Alejandro que parecía comenzar a imponerse al caballo, gaseo al premio y añadir el tener que indultarlo al día siguiente, con que al parecer, la producción vendadora terror.

La que sucedió entonces me costaba todavía hoy el pensarla. Al oír el disparo, el roano emitió un chillido estridente que denotaba el ciego terror de sus miembros, y, rápido y brusco

como un rayo, imprecó a su grupa una embestida tan rara que nosotros no habíamos visto jamás y el desgraciado Alejandro salió despedido volando en instante a gal, allí, una cuer posiblemente sobre las tablas del mercado. El ruido que produjo al descomponerse repercutió en mi pecho como un mazazo mortal. Lo recibí sin movimiento y le llevamos a su petate de la caballería sin saber a donde llevarlo un cadáver.

Afortunadamente estaba vivo. Las heridas son de acero; pero su estado era para inspirar seria inquietud. Todos los muchachos se habían congregado en la plaza. Entonces como ahora, los valerosos dormían en un compartimiento colectivo. Cuando revelé lo que había visto no hubo un solo muchacho que no quisiese linchar al desalmado cocatux. Por desgracia saya, cuando los últimos se hallaban más empujados, Bart hizo su entrada en el dormitorio como Alejandro había vuelto en el de su camaradería y Bart se acostó con afectado sentimiento.

—¡Traidor! — espetó Alejandro con indignación.

—¿Qué te pasa mejor? — dijo Bart, con insolencia.

—Muestra tu resolución y el coruchito varío explotará a todos la causa de mi indignación.

Bart palideció, había comprendido al muchacho y se dio cuenta de que éste estaba enterado de su vil acción pero lejos de buscar un subterfugio actuando de acuerdo con su carácter pendenciero irruído con altivez y respondió:

—Ya sabes que soy propicio a perder la calma y a sostener la autoridad de mi cargo por cualquier medio que sea...

—Tú aquí ya no puedes sostener más principio que el del crimen. Has querido matarme por la espalda porque eres un cobarde y un miserable. ¡Ah! Maldita vida que me ha molido los huesos, cuando me pueda sostener de pie te sacaré las hiedas.

Bart saltó al tierra y con las facciones demudadas por la ira hizo ademán de abalanzarse sobre Alejandro, el cual se había incorporado a su vez, mientras dirigía tan duras increpaciones al enemigo, mas no le dejó alcanzar su objetivo. Intermiso de un salto entre los dos y detuvo a Bart con una mirada feroz de coraje.

—¡Cállate! — le espetó a gran voz.

—¡Quite de ahí impertinente! — bramó Bart.

—No, para cuanto pretendas sobre Alejandro puedes perderlo conmigo. Yo tengo los huesos sanos, y, además, desde hace algunos días estoy consumido por las ganas de decirte lo que eres. De hoy en más; he visto por mis propios ojos como disparabas y se lo he dicho a Alejandro. Cobarde, te da

miedo montar el roano y has querido probar si con el disparo el caballo hula otra vez a las montañas.

Bart tembló de ira y me respondió amenazador.

—Tú querías hablarme y yo deseaba romperle la cara a puñetazos.

—Pues va ves — me apremió a decirle crispando los puños con deleite — espléndida ocasión para reñirlo; aquí me tienes, y te advierto que te apresures porque cuando me haga la ilusión de una cosa difícilmente me conformo en renunciar a ella, y esta vez ten por segura que no saldrás de aquí sin que hayas llevado a cabo tu hazaña.

Bart comprendió que yo estaba dispuesto a la pelea y de la ira pasó a la enajenación mortal. Yo no dejaba de vista su mano derecha; Dios me tocaba el corazón, pues vi cómo el astucioso capataz se la llevaba bruscamente a la culata de su revólver para terminar fulminantemente con mi aliento.

Será preciso que se diga que antes de que aquella mano pudiese realizar su propósito, la mía había llegado a la cara de Bart. Del primer golpe le estrallé contra el canto de un escal. Los muchachos lanzaron un alarido de entusiasmo, y Alejandro y Santi, desde su petate creyó que me jalaron soltando vivas y exclamaciones con de tan furioso entusiasmo que me río yo del calor estupefacto y de la gracia truca que emplean los andaluces en sus cantos allí en la apasionada España. Os digo, aunque burliga, pues lo sabéis tan bien como yo, que el departamento común de los gitanos es de proporciones considerable, y sin embargo a los breves instantes de carnicería parecía más estrecho que una gruta.

Bart se incorporó bastante entonado, lo cual me hizo suponer que si era cobarde no era débil y encajaría largos y precisos moñicones. El problema revólver estaba resuelto, pues el de mi enemigo había rodado por el suelo y en cuanto al mío me guardaría de usarlo contra un semejante. Bart ya no tenía más remedio que defenderse si lo quería atraerse la burla de los muchachos. Estaba demudado, y sin tambalearse lo más mínimo abalanzó sobre mí y me largó un directo que me cayó justamente la barbilla. Esto fue como el verdadero botafuero, el empuje que me produjo el golpe encendióme la sangre hasta quemarme y me pegué a él para estrallarlo contra la pared. No pudo resistir mi empuje y vació hacia atrás para escapar a la presión de mis manos, dió traspiés con lo sé que y rodó por el suelo arrastrándose a mí en la caída. Allí fue Troya: Bart era hercúleo, y puesto en la brega sus músculos desarrollaban una fuerza considerable, logró alcanzarme el cuello, y, contraponiéndose con vigor, me hizo dar media vuelta y caerse encima. Esto aconteció al pie del petate de

Santi cosa que obligó a éste a incorporarse de un brinco intentando saltar al suelo sin temer a provocar las carcajadas de los muchachos que contemplaban la lucha al aparecer en traje de noche; porque es preciso que os haga la confidencia de que Santi, con su camisa de dormir, largo hasta las nalgas, tiene la interesante apariencia de un niño con chupete al que le ha crecido prematuramente una barba de cerdas de esas con que los ogros espantan a los chicos de los cuentos.

Pero el bien intencionado Santi no pudo lograr su objetivo porque yo, apoyando los pies en el vientre de Bart, levanté en vilo la estrella contra la pared y incorporándome como un rayo le arrastré hacia la estiba de las camas superpuestas y le tchomé la cabeza en el espacio que media entre aquellas. Eso lo realicé como un relampagueo y como no fué con vaselina sino a puñetazos la estiba se conmovió, tambaleóse un instante para caer con todas sus colchonetas y cubrecamas sobre la cabeza y la pintoresca camisa de dormir de Santi. Por contagio los petates vecinos volcaron sobre Bart y yo y se armó allí una confusión que es imposible de describir. Santi pudo escurrirse de la balumba con un colchón en la cabeza y un orfai en la mano; yo me libré de las sillas a cubramos, y al sacar mi torso por el intersticio que dejara un colchón vi a Bart escurriéndose por la parte alta de la estiba con los ojos desorbitados con terror. Paséle un pie y tiré de él con todas mis fuerzas logrando arrastrarlo así hacia abajo y rebotarlo nuevamente contra la pared. Bart estaba desmelenado como un brujó y al contemplarle un instante adosado contra las tablas del compartimiento advertí que empezaban a fallarle las fuerzas; faltaban solamente un par de golpes colocados con ciencia para dejarlo abatido a mis pies. Avancé hacia él para ejecutar mi propósito decidente y me hallé con su pie, que adviniendo mi acción se había levantado muy oportunamente buscando mi vientre; lo encontré por un descuido mío y con un gran dolor de mi barriga fui a dar de espaldas contra una de las pilas de petates originando una especie de chisporroteo de astillas a mi alrededor.

Eso soltó el chorro de mi furia definitiva. Incorpóreme y avancé contra Bart; éste me miró con una expresión de espanto que me dió la medida del grado de mi combatividad y me convenció de que esta vez ejecutaba el último acto. Le cogí por el chaleco con ambas manos y lo alcé de un tirón; no sé si podía temerse por sí solo porque se encogió, a lo mejor estaría ya con el alma metida por las botas, yo no me paré a reflexionar, ni por otra parte podía detenerse a elucubrar sobre un tema de humanidad dado que tenía en frente a un bribón de la más chula escuela, y le descargué un férreo pu-

helazo en el mentón. Fue el cambes, Bart echó la cabeza para atrás, lanzó la boca, volvió un segundo y dio a dar de cabeza contra una silla. Pasa un momento.

Los muchachos me echaron con entusiasmo y Alejandro confiesa entre transportes de júbilo que yo podía ser para él más que una madre, un padre y una hermana, podría ser un verdadero hermano. Se dispuso a extirpar un casto beso en mi frente cuando Bart volvió en sí, alzóse sin que nadie le ayudase a hacerlo y tambaleándose como un beodo se dirigió hacia la puerta. Yo no le habría dicho nada porque es inhumano humillar al vencido, pero antes de ir a poner el mazo de la salida se volvió y contemplando las quijadas con odio feroces masculló entre dientes:

—Quedamos en deuda.

A saludar cuando quieras — le respondí sin vacilar.

Masó algunas palabras ininteligibles y se retiró. Se trataba de un alma ruda y cabía imaginarse que prefería contar mi una fulminante amenaza de muerte. Su venganza no se haría esperar.

CAPÍTULO IV

LA OLA DEL DESFILADERO

En aquella noche memorable una vez que se hubo puesto todo en orden en la catedral fue cuando compuso la famosa canción que poco poco habéis oído. La bravura del roano en el ruído, la lucha encarnizada con Bart, todo predisponía al canto épico y a la emoción y con el guitarrico en la mano plasme en notas inspiradas las gestas de la jornada.

Mientras yo cantaba, Bart fingía un perdition. Se ve que la idea de tener que matar al roano a la mañana siguiente le tenía en un estado desasosado y lejos de irse a dormir, andrea a las paces a la catedral en que Juan montaba la guardia aquella noche, y le dijo:

—Presiento que mi mandato aquí se acaba y hay que apresurarse a dar el golpe final. Oyeme bien: de momento importa que mantenga el roano en posesión de las minas agallas, pues no de mortario yo y ya sabes que si lo demoo en hacienda del coronel pasara a mi propiedad; ahora mismo le lo llevarás sujeto con un largo cabestro y le darás un largo paseo. Ponte en contacto con nuestros amigos de afuera y

que ellos te aconsejen lo que más conviene para dejar al roano completamente exhausto. Tu regresaras sola con él, y las minas se llevarán a todos los casales que el roano tenía prisioneros. Hay ya bastantes, y como la comedia es que el roano los secuestraba los terminados, ya quiero convertirlos en dinero sonante.

—De acuerdo respondió Juan. Te aseguro que el roano quedará hecho un corderito.

La noche era tenebrosa y a pesar de que la jornada hubiese sido rica en acontecimientos emocionantes, ya no sentía las menores ganas de descansar. Un presentimiento extraño vagaba en mi corazón y cuando hubo compuesto mi canción sentí deseos inevitables de salir ahora a tomar el fresco. Me decidieron a ello los borrados de Juan y Alejandro que se pusieron a ensayar mi canción, y, más que aquellos, una ilusión que me acometió de vez y batur bajo al pelo de la luna, al ángel de mis devociones.

Salí, pues, y me enderecé a las dependencias del patrón en las que supuse estaba volando mi inolamada Alma. Como era muy tímida empezó a temblar de pies a cabeza buscando una idea feliz que me permitiesse acercarme a la casa y llamar la atención de Alma sin que ésta se apercibiese de que lo hacía adrede. Vino en mi mente de mis tribulaciones ese raro fenómeno invisible que hace vibrar al mismo el pensamiento de los que se aman y experimenté un pasmo y un júbilo infinitos al ver que mientras yo efectuaba estar poseído de una brava afición a la astronomía estudiando los misterios del cielo, ella abría la puerta y salía para regar las flores. Le muy ladina me había visto al través de la ventana y se vió asombrada, a su vez por el furioso deseo de dar de beber a sus florecillas del atrio.

—¡Oh qué susto! — exclamó al verme, fingiendo que perdía el aliento. — Le había entre los vapores.

—Soy muy aficionado a la astronomía — balbuceé.

—Pues sería una afición reciente, porque es la primera vez que le veo enfrascado en tales observaciones a esta hora — dijo con toda la intención y la inteligencia.

—Y usted parece que le ha entrado también bruscamente la idea de que a esta hora las flores ríñen el agua más saludablemente — aumenté con malicia.

—Hace ya algunos días... que... que... Pero en fin, ¿es que por este lado de acá de la casa se ven mejor las astras? — se desvió hábilmente con resaca.

Me sentí vencido y bajando la cabeza confesé con voz velada por intensa emoción:

—¿Por qué negar, Alma? ¿Qué me importa la astrono-

mía? He salido para verla a usted. ¿Le desagradó esto? ¿La he ofendido?

Creo que palideció la bella, y me contestó, ahogándose de emoción:

—¡Oh, no; al contrario, soy tan feliz esta noche...!

Barbete no sé qué, tragó saliva largo rato, y al fin, loco, ensajado de felicidad, logró proponerle:

—¿No le parece oportuna la hora para salir a dar un paseo a caballo? El sol, las estrellas...

Me moví la lengua, estaba loco, completamente loco y no sabía lo que me decía; a mis pintorescas sandeces contestó Alicia con un entusiasmo loco, y no me dijo que los rayos ardientes del sol, a las doce de la noche, le parecían mucho más curiosos y poéticos que los de la luna a la misma hora del mediodía, porque las aceleradas palpitaciones de su corazón le impedían hablar; pero, en cambio, estuvo más elocuente volviendo a entrar en la casa para reaparecer vestida de amazona.

Ensalamos los caballos y nos encaminamos hacia las barrancadas del este. Aquella noche fui feliz, ya besé a Alicia, pero le dije mil veces que la amaba y ella veclinó cada vez su linda cabecita sobre mi hombro con infinita dulzura y amor. Le acaricié las manos sin interrupción, y, el sol... digo, la luna presidió nuestro juramento de amor.

Era ya mi novia, y yo lindaba mi pecho con orgullo de vencedor. Nuestras cabalgaduras, especialmente la mía, asaz inteligente, debieron comprender la delicada misión que desempeñaban, porque durante nuestro paseo no dejaron un solo minuto de andar pegadas por los costados favoreciendo nuestro madrigal.

Embebecidos en nuestra mutua contemplación no advertimos que nos habíamos alejado más de la cuenta hacia las barrancadas. Esto no tenía nada de particular respecto a nosotros mismos, pero es el caso que, de repente, llegó a nuestros oídos un griterío apurado.

—¿Han salido también los muchachos a tomar el sol? — preguntó Alicia sonriendo.

—No, no, no ha salido nadie más que yo. Han quedado todos en el dormitorio cantando — contestó intrigado y sin prestarme a colaborar con mis sonrisas al buen humor de mi novia.

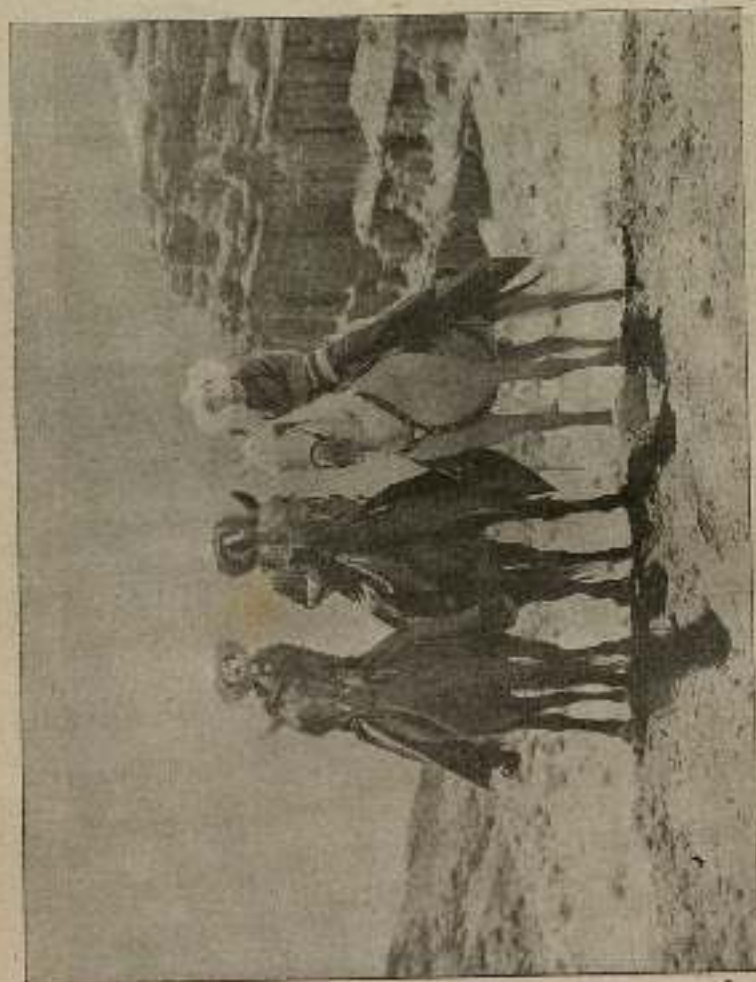
—Pues hay alguien por ahí.

—Indudablemente; espere un momento. Voy a ver si consigo distinguir a tan originales trajinantes. Es mala la hora para deambular por ahí.

Piqué espuelas, y procurando no hacer ruido, doble un mazo de rocas, empuje un declive escarpado y de repente aparecí, ante mi vista, un espectáculo inesperado. Cuatro o cinco hom-



Nuestro vaquero despegó el revólver de la mano traidora de su amigo...



Pepe, con sus amigos, ante la vasta extensión de terreno que se les ponía por delante.

bres trataban en vano de dominar un caballo bravo que sajeaba con numerosos cabezudos.

—¡Apretadle el bocado! — gritó una voz —. Golpeadle fuerte; este maldito roano no acaba nunca las agallas.

Me estremecí. Aquella voz era la de Juan. Volví sobre mis pasos para reunirme nuevamente con Alicia, y, entonces, al bajar el declive vi en la hondonada, entre sombras agitadas, una piara numerosa y a su alrededor varios jinetes que la conducían. Habría sido difícil calcular la cantidad de caballos de que se componía, se contaban por centenares; valían una verdadera fortuna. Corrí al lado de Alicia, y la llevé al declive para que viera la piara.

—¿Esos caballos son de tu padre? — le preguntó.

—¿Qué sé yo? — contestó mi amada con estupor.

—Tú debes saberlo; esos muchachos conducen el ganado hacia algún sitio. Da, ¿has vendido tu padre algún caballo esos días?

—No, no, que yo sepa, ninguno.

—Pues ahí va la mano de Bart, Juan y otros hombres tienen al roano así arriba y le apalean; la providencia ha guiado nuestros pasos esta noche, esos bribones preparan algún golpe.

En ese instante, abajo, en el desfiladero que seguía a la hondonada, sonó un disparo. Bart, que formaba parte de los vaqueros que conducían la piara, había visto nuestra silueta y daba la señal de alarma. Sonó ruido seco de cascotes y la silueta del siniestro capataz apareció en lo alto del declive en que se apalmeaba al potrero y gritó:

—¡Salud al roano y venid conmigo, alguien nos está cogiendo.

Los acólitos obedecieron, y, el potrero indomable, relinchando de júbilo, desapareció a todo galope en la oscuridad. En aquellos momentos me interesaba mucho más terminar de una vez con Bart, y dije a Alicia en voz queda:

—Esa caballa intentará aún llevarse a los caballos y hemos de probar de impedirlo. En cuanto se dividan para repartirse a lo largo de la piara atacare a Bart; mientras tanto tú colócate a la salida del desfiladero y tenme al corriente de lo ocurra, si me necesitas dispara dos tiros.

—De acuerdo — respondió Alicia.

Y espoléando a su montura se metió por entre las sombras de la noche con una valentía admirable. Yo me estremecí sólo en pensar que alguna maniobra desgraciada pudiese colocarla en las garras del despreciable y renegado capataz, pues ya no es necesario que se diga que en aquella noche iba a decidirse la suerte de todos; Bart estaba desmascarado, y puesto en el dilema de ir a presidio o triunfar levantándose a

todo el ganado que había robado, no era nada difícil imaginarse que intentaría lo último y que lo haría poniendo a contribución toda su astucia y todas sus fuerzas.

Todo esto fue tan rápido que yo pude lanzarme en pos de la alimaña de Burt sin que la oscuridad ni las altas arboledas lograsen que llegase a confundirse. Las densas no me interesaron, sentí unces deseos irresistibles de acabar con él a toda costa.

Burt no tardó en darse cuenta de que era perseguido, y bien que la oscuridad no le permitiese reconocer que quien le seguía era yo, no era que se aventurase a creer que lo suponía. Se puso de plantarme cara; por el contrario, comprendió la huida con tanto atolondramiento que pronto se encontró aislado de los suyos en medio de la selva. Corría como un alcega, moviéndose por las breñas como el fúeso de día. Yo no quería dispararle por no atraerme la atención de los demás cuatreros, que aunque sabían que su jefe era perseguido estaban impotentes de localizar el lugar. Pero esta prudencia echó por tierra todos mis planes, al caer un malizoso pedregoso perdí bruscamente la vista del capataz. No podía suponer que se hubiese puesto fuera del alcance de mi caballo, pues, ultra la evidencia de la franca superioridad de éste sobre el que montaba él, no podía creerlo que en tan breve espacio de tiempo alcanzase una meta suficiente para haberlo. Hubo, pues, de suponer que había logrado esconderse en alguna hendidura de la roca o bien en una de las numerosas cuevas naturales que perforan el terreno. Estaba dispuesto a ir a buscarlo en el fondo del interior desprovisto a mi vida; la cabeza me zumbaba, la plaza, no muy lejos de donde me hallaba yo, debía galopar hacia quien sabe dónde, pues el sordo ruido que producía al marchar no me había abandonado un solo instante.

De repente, dominando este fragor confuso que parecía hacer retumbar la tierra, sonaron dos disparos. Alicia me llamaba, no vacle un segundo y volví grupas dirigiéndome a todo galope hacia el desfiladero. Conocía bien el terreno y a tientas habría dado con todos los sitios que llevan un nombre y tienen una tradición. A los pocos instantes volví a repetir los dos disparos de alarma y entonces cuando, con el desconocido consiguiente, que el ángel de mis amores se hallaba en algún trance mortal. Destrocé las liederas de mi leal montura con las espuelas para que volase y llegué al desfiladero por una vereda intrínseca que llevaba al medio.

Lo que entonces vi a la luz de la luna me cruzó el pelo y paralizó mi corazón; Alicia se hallaba tendida en tierra en medio del angosto desfiladero, cerrado a ambos lados por alta

mural de rocas, y a poca distancia y corriendo hacia ella la columna de los cañales que conducían las serenas de Burt reclinada como un mar embravecido. Me encomendé a Dios, había llegado la última hora de Alicia y yo quería morir con ella. En un golpe de vista relámpago alcancé el tiempo que se precisaría para correr al lado de mi amada, cogerla y volver a salir del fondo del desfiladero; ni practicando esta operación a caballo lograría una cosa más que encontrarme en la cuna ocasiofrante. Ahí no era posible, pues la salida del desfiladero estaba lejos y antes la plaza encanizada nos habría arrojado. Había un recurso supremo, el terror que inspiran a los caballos salvajes los disparos. Con esta esperanza lancéme al desfiladero, desmonté de un salto y dije a mi inteligente y leal caballo:

—¡Frente al frente de nosotros y muérete a esos que llegan! La plaza llegaba con un crepitar de mil tempestades, levantando nubes de polvo; semejaba aquello un río de lava animado. El alma no es absurdo, pues recuerdo perfectamente que el vaho de tantas bestias reunidas llegó a mi rostro en oleadas sofocantes. Solo tuve tiempo de levantar a Alicia, pegarla a mi pecho y decirle:

—¡Valor, amor mío! Moriremos juntos.

Ella cerró los ojos, mas yo no, al contrario, los abrí como nunca, saqué el revólver y comencé a disparar al aire. Parece increíble y, sin embargo, es tan verdad como es lo estoy contando, que aquel río encrespado y avasallador, compacto como una masa inmensa de carne, desde los primeros disparos se abrió a pocos pasos de nosotros, pasando con estrépito y vertigo sin rozarnos un solo pelo.

Fue casi un milagro. Rápidos aún por el polvo, Alicia y yo nos miramos un instante con intensa emoción.

—Me has salvado la vida — dijo mi amada con voz entrecortada, mientras se arrojaba contra mi pecho.

—Dale también las gracias a mi caballo — le dije sonriendo.

El leal bestia se agachó, estirando el bello hacia la chica con marcialidad. Se había portado bravamente colaborando a mis esfuerzos con sus ágiles miembros, levantando las manos para asustar a sus congéneres y describiendo círculos a nuestro alrededor para facilitar la acción de mi revólver.

—¿Qué te ha sucedido? — pregunté a Alicia.

—Al descubrir a los vaqueros que conducen la plaza he querido atacarlos y me he caído del caballo.

—¿Te has hecho daño, hermosa mía?

—Me he lastimado el tobillo.

En efecto, Alicia no podía dar un paso, y era mi deber re-

nunciar a la persecución de Bart para cuidarme de ella. Cuanto me dolía, no sólo porque con mi pasividad podía facilitar los propósitos de Bart, sino porque el roano volvía a estar libre y ello me privaría de la posibilidad de ganar el premio que tanto apetecía, ¡ahora que ya tenía novia! Había que pensar en retornar al rancho.

—No es nada —se esforzaba en convencerme mi amada.

Algo esperanzado de que así fuese quiso reconocerle el tobillo allí mismo. Tenía tantas ganas de cazar a Bart de una vez. Ahora ya tenía testigos de su culpabilidad.

Por fortuna para mis propósitos, mientras yo me hallaba con tales tribulaciones, en el rancho sucedían cosas muy interesantes que liberaban para mi felicidad. Dormían a pierna suelta los muchachos después de haber agotado todos los recursos artísticos de su voz, cuando la puerta de la cuadra se vino abajo con estrépito brutal, penetrando en ella como un meteoro un caballo sanguíneo y arrollador. Era el roano.

Algo se le había pegado de su breve cautividad en el rancho y llevado del instinto, y quizá ya de un nascente afecto a todo lo concerniente a aquel, quería hacernos una visita ahora que volvía a gozar de su preciosa libertad. Mas ce digo, que la tal visita no era de cumplimiento ni nada que se le pareciera. Después de derribar la puerta, el amable caballito se dignó tomar el dormitorio común de los garanes por un hipódromo y se puso a tratar por él como con Pedro por su casa.

¿Qué vocablos debo emplear para dar idea de la magnitud del caos que se originó allí? Yo no lo sé. Despertar al estrépito y ver al roano fue para los muchachos casi el principio del fin, y habría sido histórico una foto tomada allí en tal instante, pues alternaban, uno armoniosamente, por lo menos pintorescamente los colores magníficos del roano con el blanco pudoroso de los calzoncillos de mis camaradas, y principalmente con el de la encantadora y casta camisa de dormir de Santi. Porque todo el mundo saltó del petate lanzando alaridos y precipitándose por las numerosas ventanas de la cuadra hacia el exterior. Sería interesante conocer las tribulaciones que pasaría la luna aquella noche para esconder su rubor ante espectáculo tan liberal: con calzoncillos hasta el tobillo y camiseta con mangas largas aquel puñado de arrogantes jóvenes eran capaces de conmover la pétreo serenidad insonmable de la estatua del Comendador.

Sin pausarse en recatos ni sentimiento decirlo que tuviese frontera con ellos, Santi y Alejandro corrieron a las dependencias de D. Jaime gritando con todos sus pulmones:

—¿Qué se ha escapado el roano?

La voluminosa nariz de D. Jaime no tardó en aparecer y

los dos barraganes le contaron atropelladamente lo acaecido.

—¿Quién ha dado libertad a ese potro embrujado? —bramó el buen hombre.

—Es el diablo, es el diablo! —sólo lograban articular mis dos entrañables camaradas con la respiración jadeante.

—¿Dónde está Bart?

—No se ve por ninguna parte.

—¿Y Pepe?

—Tampoco.

—Pues, vivo, enfilad todos y esperadme, algo ha ocurrido que es necesario averiguar.

Pues llamado el coronel, y a los pocos minutos salía con don Jaime al frente de los muchachos en dirección a las barrancadas. Sin calzoncillos es decir con ellos aún, pero decentemente cubiertos, a caballo, el lazo en el arzón — el revólver al cinto, mis queridas camaradas volvían a recobrar su arrogancia imponente y a ser capaces de las más heroicas acciones.

Comedida su nariz, el roano regresó a la montaña. Y, ¿creeréis que he supuesto siempre que el móvil de su intempestiva visita al rancho era el de ver y saludar a Bart? ¿Quién sabe lo que pasaría por el instinto del noble bruto? Pero es lo cierto que si tal hubo, no fue precisamente para hacerle a mi capataz vivas protestas de leal cariño. Y digo todo esto porque como fuese que el sinicstro Bart, perdida su cabalgadura, se vio obligado a buscar refugio en las barrancadas a pie, el roano buscó su pista y dándole alcance trató de echarse sobre él y habría logrado hacerlo a no ser que el ruin cuatrero logró esconderse en un acavón. El roano presentía la maldad de aquel traidor.

Alcía y yo, que no podíamos sospechar nada de cuanto estaba ocurriendo, cabalgábamos en dirección al rancho, cuando de repente se presentó ante nosotros un espectáculo inesperado: los muchachos del rancho, y entre ellos Santi y Alejandro, tenían al roano cogido con cabestros, mientras el coronel y D. Jaime hablaban de este jaja.

—D. Jaime, amigo mío, yo opino que la mejor manera de acabar con tanta zozobra es matar al roano de una vez.

—Es lástima, porque el caballito tiene una estampa soberbia —respondió mi patrón—; pero creo, como tú, que ha hecho todo lo posible para ganarse una veterinaria en el cerebro.

El estuerzo de los muchachos había sido coronado por el éxito y tras una maniobra hábil habían logrado volver a cazar al roano. Había ayudado a su valor y pericia la claridad del día que se difundía ya por el cielo. Se distinguían bien todos los cuerpos y en cuanto hubo hablado D. Jaime me estremeció de pies a cabeza al ver al coronel que apuntaba su rifle a la

cabeza del potro salvaje para consumir la sentencia.

Yo no sé qué pasó por mi espíritu y mi corazón; fué una mezcla de gratitud al cabalito por haber dado ocasión a que mi idolatrada Alicia me revelara sus sentimientos de amor a las bestias y, ¿por qué no decirlo?, de una gran parte de egoísmo de mi felicidad, pues al desaparecer aquel mundo estumabase como un sueño la posibilidad de que yo me convirtiese en propietario de una de las más ricas haciendas del noroeste; y es interesante hacer observar que sin ella mi matrimonio con Alicia se vería aplazado indefinidamente.

No nos habían visto todavía a Alicia y a mí, y se volvieron estupefactos al oír mi voz recia exclamar, mientras avanzaba hacia el coronel con los brazos tendidos aparatadamente:

—¡No, no dispare usted, señor coronel!

Como es natural, no disparó, y antes de entrar en materia tanto el como el padre de Alicia, quisieron oír la narración de nuestras aventuras.

Mientras hablaba, Bart, que vagabundo perdido y derrotado nos había descubierto, probaba a deslizarse a nuestra espalda hacia el caballo de Alicia para huir.

Bart, aterrado, probó a escapar con ayuda de sus piernas, pero le manamos fácilmente con un lazo. Entonces, en aquella humillante actitud, formulé mi acusación concreta y circunstanciada de la que nadie dudó.

—Usted y no el roano fué quien robó las yeguas y demás ganado. Confesar, porque es ya inútil que trate de rehabilitarse.

Bart confesó la verdad, que era exactamente lo que yo había descubierto. Con el corazón radiante estreché a Alicia entre mis brazos; luego me volví hacia el coronel y me estremecí nuevamente al oírle decir:

—Siga opinando que debemos matar al roano para terminar de una vez.

—No, no, de ninguna manera! — le stató parando su rifle.

—¿Para qué quieres más? — me respondió el coronel—. Hemos terminado con Bart y haciendo lo propio con el bruto ese, gozaremos de una paz casi octaviana.

—Usted ha prometido regular una hacienda a quien domara al roano y no es capaz de faltar a su palabra.

Con esto logré hacer vacilar al mundanoso coronel, quien arguyó aún:

—¿De qué puede valer mi palabra si nadie es capaz de domar a esta bestia?

—Yo la domaré — aseguró rotundamente.

Y la domé. Fué aquella misma mañana; estubo soberbio. El roano se presentó al ruedo con su brío habitual, pero el potro indomable fué domado por mi freno y por mis bestias.

El brinó, sacó todo su programa fantástico de cabriolas y posturas, mas fué inútil, yo no despegué mi asiento de su grupa infernal y al cabo de unos minutos se paró, dócil y manso como un cordero. Entonces pude estampar tranquila y triunfalmente un beso de gratitud en su frente fosca.

—¿Te has ganado la hacienda? — me dijo solemnemente el coronel.

En un transporte de júbilo besé por primera vez a Alicia en la boca con pasión y felicidad. Luego me volví otra vez hacia el coronel y le dije:

—Es la ley del Oeste americano, que el que doma a una bestia salvaje es amo de ella, ¿no es verdad?

Eso es.

—¿Soy, pues, propietario del roano y puedo disponer de él como me plazca?

—Ni más ni menos.

Quité la silla al roano y en compañía de Alicia me lo llevé a la selva. Allí volví a besarle, y al tiempo que le acariciaba con una palmada cordial en el cuello, le dije:

—Eres mío, pero te devuelvo la libertad. ¿Estás contento?

El roano brinó de júbilo por toda contestación y echó a correr con la alegría de los seres libres hacia las barrancadas y los pastos que eran su inimitable palacio de oro y marfil. Estaba ya domado y en adelante no haría daño a nadie, sobre todo habiéndolo desaparecido Bart y sus acólitos, a los que se cazó poco después junto con los caballos robados.

Fué eterno amor a mi Alicia, con la que me casé al poco tiempo y con la que vivo aún con plena dicha y amor.

Así fué como llegué a ser el yerno de D. Jaime y a componer esa canción tan brava, de la veracidad de cuya letra ningún se ha permitido aquí dudar.

F I N

EDITADAS Y EN EXISTENCIA:

- 14. *Siete bofetadas*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- 15. *El Capitán Casali*, por Olga Tschekowa y Karl Diehl.
- 17. *Balle en el Metropol*, por Henri George y Viktoria von Bullshko.
- 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake.
- 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Wall Janseum.
- 20. *Exterminio*, por Buck Jones.
- 21. *En las Negras*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- 22. *Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
- 23. *Caballería ligera*, por Marika Rokh y Fritz Kampers.
- 24. *Impetus de juventud*, por Sylvia Sydney y Herbert Marshall.
- 25. *Un mal paso*, por Jean Maynard.
- 27. *Crepusculo Rojo*, por Rodolf Forster.
- 28. *El Trío de la Fortuna*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- 29. *La que apostó su amor*, por Bette Davis y George Brent.
- 30. *Catalina*, por Franziska Gail y Anna Holt.
- 31. *La Rosa de las Judas*, por Nova Pilbeam y Leslie Ardwick.
- 32. *Escándalo estudiantil*, por Kent Taylor y Arline Judge.
- 33. *Oriente contra Occidente*, por George Arliss y Lucie Mannheim.
- 34. *El Doctor Sócrates*, por Paul Muni y Ann Dvorak.
- 35. *Vals Real*, por Willi Forst y Heli Finkenzeller.
- 36. *El Agente Secreto*, por Robert Young y Madeleine Carroll.
- 38. *La Voz seductora*, por Marta Eggerth y Paul Hartmann.
- 40. *La vuelta al hogar*, por Zarah Leander.
- 45. *Una semana en la Luna*, por Ann Odora y Hans Sharrer.
- 46. *Concierto en la Corte*, por Marta Eggerth y Johannes Heesters.
- 47. *Águilas heroicas*, por James Cagney, Pat O'Brien y Jane Travis.
- 48. *Mares turbulentos*, por Jack Holt, Diana Gibson y Grace Bradley.
- 49. *Luchadores del Oeste*, por Bob Baker y J. Farrell Mac Donald.
- 50. *La Dama de Montecarlo*, por Franziska Gail.
- 51. *La ballarina ciega*, por Lillian Harvey y Rolf Moebius.
- 52. *El doble del Rey*, por Alberto Matheisstock y Gusti Huber.
- 53. *Princes de acero*, por Victor Mc. Laglen y Blaine Burges.
- 54. *Wolfs-Walze*, por Hans Adalbert y Wera Engels.
- 55. *Valle prohibido*, por Noah Beery Jr. y Frances Robinson.
- 56. *Capricho*, por Lillian Harvey y Paul Staal.
- 57. *Buscamos una noche*, por Herbert Marshall y Jean Arthur.
- 58. *Cuatro amigos*, por Victor Mc. Laglen.
- 59. *Mares del Sur*, por John Wayne y Diana Gibson.
- 60. *Ojo por ojo*, por Buck Jones.
- 61. *Alarma en la ciudad*, por Boris Karloff y Jean Rogers.
- 62. *Su primera escapada*, por Jackie Cooper y Joseph Callein.
- 63. *Contrabando*, por Hans Albers y Lotte Lang.
- 64. *Milagro a sueldo*, por George Murphy y Allen Faye.
- 65. *La Exceptrica*, por May Robson.

PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILLEN, 154

BARCELONA

N.º 66